

COMENTARIO DEL POEMA XIV DEL LIBRO CON TRES HERIDAS YO DE ANTONIO HERNÁNDEZ, PREMIO NACIONAL DE LITERATURA Y PREMIO DE LA CRÍTICA

F. MORALES LOMAS

En su obra lo titula simplemente como número XIV, pero en otros lugares he leído otro título diferente: “Me llamo barro, aunque me llame Miguel”, en alusión al poema de Miguel Hernández, que pertenece al poema número quince de su obra publicada el 24 de enero de 1936, *El rayo que no cesa*.

Partiendo de los famosos versos de Miguel Hernández en cuya particular visión está inspirado el título escribe *Con tres heridas yo* (1983). En él pretende el poeta una reflexión sobre las obsesiones del hombre, sin retóricas ni palabras superfluas. Podemos considerarlo como una continuidad, una segunda parte del poemario anterior, por cuanto los temas como la muerte (de tan abundante recordatorio) o la familia (como ese ámbito vital al que aluden los versos de Hernández) están presentes.

Así sucede en este poema dedicado a su hijo Miguel Hernández, con el que escribe una especie de tierna biografía infantil y lleva el intertexto del otro Miguel, el poeta de Orihuela, a este poema, al que también directamente y al unísono está rindiendo un homenaje. Se sostiene sobre una continuidad de acciones que producen a un tiempo ternura, humor y nostalgia de lo vivido.

Comienza con una frase definitiva sobre las molestias que pueden causar los niños en la infancia y el verbo “picar”, empleado coloquialmente para expresar molestia, enojo o provocación, vigésima acepción de la quincuagésima séptima que tiene este verbo. Y lo califica de “genízaro”. Un término poco habitual que nos retrotrae denotativamente a ese “soldado de infantería, y especialmente de la Guardia Imperial turca, reclutado a menudos entre hijos de cristiano”, pero connotativamente podríamos decir que es una definición suave para mostrar su actitud de luchador o persona que molesta, empleado en ocasiones por Camilo José Cela.

Hay una estructura dialógica en la que entendemos que el poeta expone a su mujer, Mari Luz, de un modo a mitad de camino entre la confidencia, el disgusto y cierta inquietud la actitud del hijo pequeño y su comportamiento.

No quiere gritarle, ni castigarlo. Y explica la razón: él también fue así de niño. Y añade algo más: “tal castigo/ será nuestro desvelo”. En torno al arrepentimiento tras la reprobación de una conducta. Por una parte existe enfado, pero por otra comprensión ante su modo de actuar, una justificación llena de afección.

Entre los actos que ha realizado Miguel Hernández se halla romper un

poema y explica la causa, ya que ambos, el niño y el poeta de Orihuela se llaman igual. E introduce la anécdota del bautismo del mismo con la interpolación irónica de Claudio (se refiere al gran poeta Claudio Rodríguez, amigo de Antonio y padrino de su hijo) que alude al vino. Sabido es que Claudio Rodríguez era un gran alumbrado y no solo de poemas.

Ese nombre, Miguel Hernández, es definido con un símil muy preciso, “Como un rayo proletario”, que alude a dos hechos o acontecimientos: rayo, por su obra *El rayo que no cesa*; y proletario, por su condición de persona perteneciente a esta clase social (clara alusión a su condición de pastor).

En este recorrido por el momento del bautizo recuerda Hernández el tiempo (el mes de diciembre) y asimila la temperatura a la nostalgia de Andalucía y su olor, pues, como se sabe desde los años 60 Antonio Hernández vive en Madrid. Un hecho este relevante siempre a lo largo de toda su obra que está trufada de constantes referencias a Andalucía, a su literatura, a su paisaje, su historia y su modo de ser y de pensar, que lo asimila a poetas como Rafael Alberti (con el que mantuvo una gran relación) y con Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado, que han sido siempre escritores muy queridos para él.

Esta observación del niño que rompe poemas y hace travesuras, que es bautizado y apadrinado por otro poeta, le hace crear una especie de axioma definitorio que tiene un valor de símil: “Lo mirábamos como a un asombro que reglamentara”. Este asombro, extrañeza o impresión del hecho en sí que adquiere el valor de norma o reglamento.

Desde el ámbito de la forma de la expresión en terminología de la glosemática, las grafías son enormemente importantes y significativas. Y Hernández introduce un texto entre paréntesis que va desde “Pero otra vez...” hasta “*Barro eterno*”; y, al mismo tiempo, hay dos tipos de grafías en este amplio fragmento: desde “Pero otra vez...” hasta “Menos niño” en redondita; y, a partir de “Miguel tiene tres años” hasta el final de ese fragmento en cursiva.

Después de este fragmento entre paréntesis, el poeta solo deja cuatro versos en redondita, en dos párrafos finales: los tres iniciales para reiterar la conducta desaprensiva del niño y el recuerdo de ese niño, al que ahora rememora el poeta y el amor profesado a ese niño “travieso, transparente”.

Y finalmente, el último verso, en el que dirigiéndose a Mari Luz de nuevo y llamándola “Amor”, la induce a besarlo sin que se despierte.

Los versos que encontramos entre paréntesis son una especie de incidencia en la historia, una continuidad de lo iniciado.

En la primera parte en “redondita” trata de explicar la conducta traviesa del niño como una repuesta al consejo y/ o admonición del padre, pero es un acto sin consecuencias porque el padre también se siente un poco niño, como

a sí mismo se dice (“No menos niño yo, no menos niño”) y había sacado una copia del poema destruido.

En la cursiva existe una reiteración de conductas del niño de carácter enumerativo y la edad del niño, tres años con un verso que en su juego de sonoridades con el poeta de Orihuela puede resultar llamativo: “Miguel Hernández tiene ya tres años”:

1. Pinta el televisor.
2. Rompe los poemas que más quiere.
3. Todavía no va a la escuela.
4. “Es como la apariencia de mis muertos”. Con ello justifica una actitud que llega de lejos, una herencia. Aumentada al referirse al padre, pues, al parecer es una copia del niño: “Si mi padre pudiera contemplarlo/ vería que su imagen se ha rehecho”. Es una poesía directa, clara, confesional, coloquial, que va reconstruyendo el comportamiento del niño y asimilándolo a toda una familia, a toda una forma de pensar y de sentir. Una referencia al padre que se reitera más abajo en versos postreros: “Jamás mi padre tuvo tanto espejo”, como sinónimo de que el niño es fiel reflejo del abuelo.

Esos tres años son el símbolo que también une al escritor con su pasado o con el pasado de alguna lector, pero afirmando que existe como una especie de derecho especial de “propiedad” en el sentimiento: “Pero/ son mis tres años cuando la esperanza/ invadía las calles de mi pueblo”.

Indica el color de su cabello, rubio, y el día de su nacimiento como un día de sol, y, a través de una hipérbole asimila ese nacimiento a la luz: “El día en que alumbró por vez primera/ las tinieblas, las sombras y el misterio”.

En ese recorrido del niño que produce la excitación materna (“tiene a la madre loca con los muebles”, es decir, desquiciada, nerviosa, movida...) y la reiteración en la conducta: al pintarraजार los muebles. Pero también se acuesta con los indios. Y unos versos un tanto enigmáticos: “los balones/ rompen la red a diario del puchero”. Con el que creemos que está dando a entender que esta conducta es reiterada tanto como el puchero diario. Coloquialmente el alimento diario. Y su asimilación conceptual con el “otro” puchero, el llanto del niño que se siente amonestado.

Las últimas palabras hacen referencia a ese carácter activo del niño asociado a la libertad, la rebeldía y la ternura, pero también a los versos del poeta Miguel Hernández cuando se define a sí mismo en el aludido poema de El rayo que no cesa y dice axiomáticamente: “No olvides que te llamas barro eterno”.

Un poema, sin duda tierno, que partiendo de una circunstancia banal como es las travesuras de la infancia, adquiere un enorme sentido y valor simbólico y se asocia al sentido de la libertad, de la identidad y del ser en la existencia.